

se de ella. Casi inmediatamente, una columna de gastadores pasó á su vez la brecha y se instaló en el baluarte para asegurar su posesión. Por la mañana, un tiroteo, bastante vivo durante un rato, molestó á los franceses desde lo alto de las casas que miraban á los baluartes. Pero, cerca de las doce, cesó definitivamente el fuego de la plaza. Poco después llegó un parlamentario á pedir un armisticio para retirar los muertos y heridos. Por ambas partes se procedió á esta piadosa operación. Los franceses contaban diez y nueve muertos y noventa y siete heridos (1). Las pérdidas de los sitiados eran considerables: se elevaban á cerca de cuatrocientos hombres muertos (2). Casi todos los artilleros que defendían la batería Aureliana habían muerto al pie de los cañones. El terreno de la lucha estaba cubierto de lanzas con banderolas encarnadas de los guardias de la legión garibaldina, valerosos soldados que habían combatido con un arrojo digno de mejor suerte y sobre todo de mejor causa.

Por sensibles que fuesen nuestras pérdidas, no costaba muy caro el resultado, ya que este resultado era la conclusión de la guerra. Dueño del baluarte número 8 y del punto en que el recinto Aureliano se une con el circuito bastionado, el ejército francés era dueño de la cumbre del Janículo. Desde allí dominaba todas las vertientes del *Transtevere*, la *Lungara*, el *Ponte Sisto* sobre el Tíber y allende el Tíber todos los barrios de la margen izquierda con el incomparable conjunto de sus ruinas y de sus monumentos. Toda resistencia ulterior no hubiera sido más que una criminal y sangrienta locura.

Así lo comprendieron los defensores de la ciudad. El vigor de nuestros soldados, la persistencia de nuestros ataques, la abundancia de sangre vertida, todo esto había asustado á los verdaderos romanos; el temor de exponer á un bombardeo prolongado su maravillosa ciudad acabó de disponerlos en favor de la paz. En cuanto á los demagogos extranjeros, los más sensatos procuraban solamente ponerse en salvo y esperar una ocasión más propicia para levantar de nuevo su bandera. Bajo esta impresión se abrió en el Capitolio, el 30 de junio por la tarde, la sesión de la Asamblea constituyente. Mazzini predicó la resistencia á todo trance, pero su opinión no encontró eco. Garibaldi expuso con mucha franqueza las probabilidades de éxito que les quedaban; para continuar la defensa había que abandonar la margen derecha, á excepción del castillo de Santo Angelo, volar los puentes del Tíber, levantar barricadas en los barrios de la orilla izquierda; y aun resignándose á tales extremos, aun sacrificando los edificios, sin duda no harían más que retrasar algunos días el inevitable desenlace. Mientras hablaba Garibaldi, la triste actitud de los rostros y el silencio que reinaba eran indicio evidente del cansancio de la lucha. El general Bartolucci se hizo intérprete de aquel sentimiento que aún no se atrevían á confesar, pero que estaba en el fondo de todos los ánimos, y la cesación de la resistencia fué vota-

(1) Vaillant, *Siege de Rome*, pág. 142.—El general Oudinot, en su parte del 30 de junio (*Monitor* de 1849, pág. 2.297), habla de nueve muertos y ciento diez heridos. Este parte, redactado cuando apenas había terminado la acción, no pudo contener más que números aproximados y por consiguiente incompletos.

(2) Parte del general Oudinot del 30 de junio.

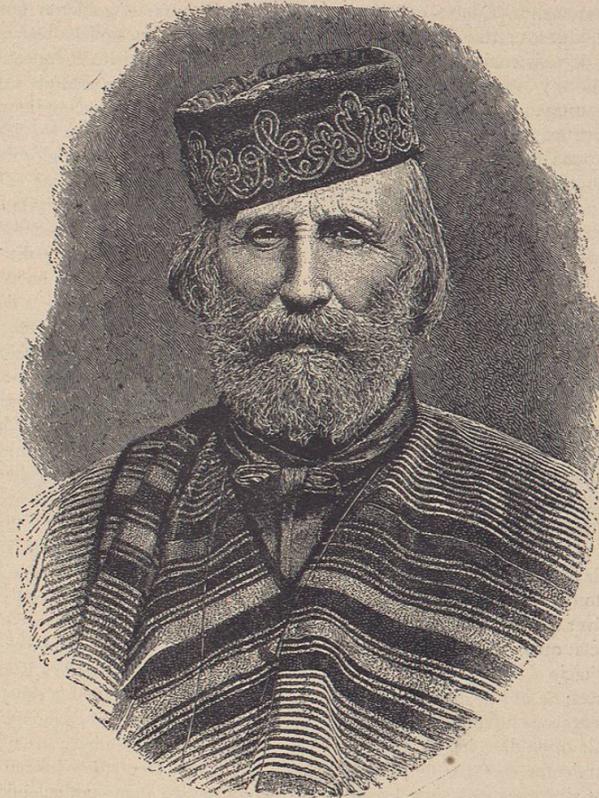
da casi por unanimidad. El triunvirato presentó su dimisión. Los diputados nombraron en seguida un nuevo poder ejecutivo compuesto de Salicetti, Mariani y Calandrelli. Ínterin se instalaba este nuevo poder, la única autoridad subsistente era el municipio. Acordóse que, al día siguiente, el senador de Roma, acompañado de los delegados de la corporación municipal, se presentaría en el campamento francés para discutir las cláusulas de la capitulación.

Oudinot era, por naturaleza, generoso y cortés. Más de una vez, durante el sitio, había podido apreciar el valor de sus adversarios. Además había permanecido, á pesar suyo, bajo el imperio de sus primeras instrucciones, y hasta cuando combatía con más vigor á los romanos, se resistía á considerarlos como enemigos. En tal disposición, acogió con una benevolencia más caballeresca que política á los que acababa de vencer. El exceso de cortesía es á veces peligroso, sobre todo con los italianos, que fácilmente abusan de ella. El municipio propuso un convenio que era menos una capitulación que un tratado. Este proyecto de tratado empezaba por un homenaje rendido al valor del ejército sitiado. Estipulábase que el servicio de orden y seguridad se prestaría en Roma simultáneamente por tropas romanas y francesas. Los regimientos franceses que permanecieran extramuros, se acantonarían en sitios designados por las autoridades romanas. Finalmente, Francia había de permanecer ajena á la administración interior del país. El general Oudinot, demasiado olvidadizo de los privilegios de su propia victoria, se disponía á discutir estas cláusulas cuando sobrevino el Sr. de Corcelles. Valiéndose de sus poderes extraordinarios, desechó inmediatamente tales proposiciones, reemplazándolas con un proyecto más lacónico que se limitaba á poner la ciudad bajo la protección de la República francesa. A su vez los delegados protestaron enérgicamente. No pudiendo entenderse sobre los términos de una capitulación, y siendo, por otra parte, imposible la resistencia, los representantes del municipio declararon que cedían á la fuerza. Fué tácitamente convenido que algunas de las puertas serían ocupadas por los franceses, y que se les dejaría penetrar sin resistencia en la ciudad.

El 2 de julio, por la tarde, nuestras tropas tomaron posesión de la puerta de San Pancracio, de la terraza de San Pedro *in Montorio* y de la puerta Portese. Empleóse la noche en desembarazar las inmediaciones de dichas puertas de las barricadas que las obstruían. La puerta de San Pablo fué ocupada el 3 de julio antes del alba, y la puerta del Pueblo poco antes del mediodía. Finalmente, á las cinco de la tarde, el general en jefe, acompañado de su Estado mayor y seguido de una de las divisiones de su cuerpo de ejército, entró en Roma por la puerta Portese. Habían de atravesar desde luego el barrio del *Transtevere* que había sufrido más que los demás de los rigores del sitio; sin embargo, allí la acogida fué más bien benévola que irritada: hasta se oyeron gritos bastante numerosos de «¡viva Pío IX!, ¡vivan los franceses!» Pasado el Tíber, el espectáculo cambió. Casi todas las tiendas estaban cerradas. Grupos hostiles rodeaban nuestras columnas, y como si obedecieran á una consigna, gritaban á intervalos: «¡Viva la República romana!, ¡muera Pío IX!» A medida que se acercaban al Corso, los clamores redoblaban. Aquellas

demostraciones eran obra, no del pueblo romano, sino de una minoría exaltada que aún no había podido resignarse á la derrota. Delante del café de Bellas Artes, Cernuschi, presidente de la comisión de barricadas, excitaba personalmente á sus amigos. Algunos jinetes de los que acompañaban al general dispersaron á latigazos á los manifestantes más fogosos. Oudinot llegó sin otro incidente al palacio Colonna, domicilio de la embajada de Francia. Las tropas ocuparon los princi-

palios que hacía veinte días que el ejército francés se hallaba detenido ante una simple pared de fieltro. El victorioso ataque del 30 de junio fué una contestación decisiva á los alarmantes rumores difundidos con persistencia por la prensa demagógica y propagados con una credulidad poco excusable por la prensa moderada. La alegría fué grande sobre todo en las esferas oficiales. Los ministros se habían decidido con disgusto á la intervención armada, y como las hostilidades se pro-



Tosé Garibaldi

pales puntos de la ciudad, y al día siguiente tomaron posesión del castillo de San Angelo.

Mientras el general Oudinot penetraba en Roma, el telégrafo transmitía á París el feliz acontecimiento. El 3 de julio, á la hora en que las primeras tropas francesas entraban por la puerta Portese, la sesión de la Asamblea legislativa fué interrumpida, y Odilon Barrot, presidente del consejo, anunció desde la tribuna la terminación de las hostilidades. A los demagogos les causó más pesadumbre que sorpresa aquel desenlace previsto. En cuanto al partido del orden, su satisfacción fué tanto más viva cuanto mayores habían sido sus temores y sus impaciencias. Hacía un mes que toda clase de falsas noticias sembraban la inquietud en Francia. Ora se afirmaba que nuestras tropas habían sufrido una sangrienta derrota ó eran diezmadas por las fiebres; ora aseguraban que se reñía una batalla terrible en las calles del *Transtevere*. Ciertos periódicos extranjeros de-

longaban, les pesaba el sentimiento de su responsabilidad. El ministro de Negocios extranjeros, Sr. de Tocqueville, muy nervioso é impresionable, escribía el primero de julio, cuando aún ignoraba la toma de Roma: «Nos encontramos entre una vergüenza y una desgracia: la vergüenza sería fracasar ante Roma; la desgracia sería saquearla para conquistarla.» En tal disposición de ánimo, los miembros del gobierno acusaban á Oudinot. Sus partes demasiado breves, sobre todo al principio, daban lugar á toda clase de inquietudes, y abierto el campo á las conjeturas, se daba crédito á las hipótesis más desfavorables. Había disminuído tanto la confianza puesta en el general en jefe, que se había resuelto darle un sucesor: el general Bedeau partió provisto de plenos poderes. Súpose el resultado final de las operaciones. Bedeau, que no había llegado más allá de Marsella, regresó á París. Las alarmas se disiparon; y el gobierno, libre de un gran peso, no pensó más que

en felicitar al general en jefe, cuya lentitud había censurado poco antes con tanta dureza.

Después de todo, aquellas felicitaciones eran justas: las merecían los jefes y las merecía también sobre todo el ejército.

Cierto es que al público francés, nervioso é impaciente, la campaña le había parecido larga. Todo el mundo esperaba un golpe de mano afortunado, y no un sitio de veintiséis días. Sin embargo, desde el momento que hubo necesidad de un sitio en regla, no podía esperarse que durase menos. Cuatro causas muy distintas explican y justifican los retrasos del desenlace. La primera es la fuerza de resistencia del ejército sitiado; los cuerpos garibaldinos y lombardos, y hasta ciertos cuerpos romanos, desplegaron un valor tan notable como inesperado. Estas tropas, en campo raso, no hubieran sostenido el choque de nuestros regimientos; pero al abrigo de las murallas resistieron nuestros ataques con una energía poco común. En segundo lugar, los defensores de la ciudad, durante los largos períodos de las negociaciones, habían tenido tiempo de acumular atrincheramientos y barricadas, restaurar sus obras de defensa y proveerse de municiones; tenían sobre todo el más precioso de los recursos, que era numerosa artillería.

Disponían de un centenar de piezas; habían construído gran número de cañoneras y, con gran destreza, transportaban los cañones de un punto á otro, de manera que todo su material prestaba servicio. Mientras sus adversarios se hallaban tan bien provistos, la situación de los franceses era muy distinta. Al principio, éstos no podían poner en línea más que veintiuna piezas de artillería, y al final del sitio no tenían más que cuarenta y cuatro (1); de ahí otra causa de inferioridad. Otra causa, en fin, entorpecía la acción francesa: los franceses querían devolver al papa la ciudad de Roma, no saqueada, sino intacta; querían que su victoria no ocasionase ningún perjuicio á los monumentos de la civilización y de las artes: de ahí su ataque, no por la orilla izquierda del Tiber menos fuertemente defendida, sino por los barrios de la orilla derecha, de más difícil acceso; de ahí los miramientos en favor de la ciudad; de ahí el cuidado de los sitiadores en limitar los estragos del bombardeo.

De estas cuatro causas que retrasaron el éxito no había más que una imputable al gobierno francés, y era la escasez de recursos militares y del material de artillería de los sitiadores. Esta insuficiencia tenía por causa un error de un orden más general. Desde luego no se había creído en la resistencia de los romanos. El general Oudinot, en el mes de abril, había marchado á Tolón con un aparato que no era el de la paz ni el de la guerra. A las primeras señales de hostilidad, creyóse que se trataba de algunas vanas demostraciones belicosas, sin consistencia y sobre todo sin duración. Cuando la experiencia hubo hecho ver claro á los poderes públicos, resolvieron enviar refuerzos, pero en detalle, tímidamente y con gran tardanza.

Esta fué la verdadera falta (semimilitar, semipolítica) que desde el principio hasta el fin pesó sobre la expedición.

(1) Vaillant, *Siege de Rome*, págs. 156 y 196.

VII

Los franceses estaban en Roma, pero su triunfo habíales costado grandes sacrificios, pues desde su desembarco en Civita-Vecchia habían perdido más de mil hombres entre muertos y heridos (2). Y á pesar de ser tan rudos los trabajos por ellos realizados, todavía no habían llevado á cima más que una parte de su obra, ya que aún les quedaba por cumplir una doble misión, á saber: restablecer en primer término el orden, y en segundo, restaurar el gobierno pontificio sin permitir, ello no obstante, que aquella restauración fuese la señal de reacciones demasiado enérgicas. De estas dos tareas la primera era difícil y la segunda casi inextricable, como lo demostrará la continuación de nuestro relato.

Para restablecer el orden precisaba ante todo hacer desaparecer los últimos vestigios del gobierno insurreccional. Los antiguos triunviros habían dimitido y los nuevos no habían entrado todavía en funciones. Cerróse la sala de sesiones de la Asamblea constituyente; púsose en libertad á los presos políticos que habían sido detenidos unos por simpatías hacia Francia y otros por haberse negado á coadyuvar á la construcción de barricadas (3); el general Rostolán fué nombrado gobernador de Roma; la prensa fué sometida al sistema de autorización previa; los clubs y los círculos sospechosos fueron cerrados, y por último, en vista de algunos asesinatos cometidos en las personas de soldados aislados, ordenóse á los habitantes que entregaran á la autoridad francesa todas las armas que tuvieran en su poder.

La presencia en la ciudad de varios cuerpos del ejército sitiado podía comprometer gravemente la paz pública. De aquí la disolución de la guardia cívica; en cambio, las antiguas tropas regulares fueron conservadas y no tardaron en ser admitidas á prestar el servicio de orden, de acuerdo con nuestros soldados. Faltaba sólo limpiar la ciudad de los numerosos contingentes extranjeros que si habían defendido á Roma también la habían oprimido. Garibaldi no había esperado nuestra llegada, sino que el 3 de julio, al despuntar el día, había reunido en la plaza de Letrán á sus más fieles partidarios, y poniéndose al frente de ellos habíales hecho salir por la puerta de San Juan conduciéndoles á la campiña romana y luego á la montaña. Nuestra caballería había salido en persecución de los fugitivos, pero no pudo darles alcance. En cuanto á los voluntarios polacos, alemanes, lombardos y piemonteses que no habían seguido á Garibaldi, fueron licenciados y abandonaron en su mayoría los Estados pontificios. Casi todos los jefes militares y funcionarios de la República romana obtuvieron pasaportes y pudieron embarcarse sin ser molestados. No se llevó á cabo ningún acto de rigor; es más, el temor de parecer que se ejercían represalias hizo que se usara de una indulgencia casi excesiva, tanto que provocó algunas reclamaciones en el extranjero. «¿Por qué no se ha procedido á ninguna detención?», preguntaban en una de las sesiones de la conferencia de Gaeta los plenipotenciarios de Austria y de Nápoles. Los *refugiados* se diseminarán por todas partes y sembrarán la perturbación por doquier.» Que estos temores no eran

(2) Véase Vaillant, *Siege de Rome*, pág. 159.

(3) Despacho de M. de Corcelles, 4 de julio (*Monitor*, página 2.623).

del todo injustificados lo demuestra el hecho de que ciento cincuenta polacos embarcados para Constantino-
pla se lanzaron muy pronto sobre Hungría (1).

Desembarazada de esta suerte la ciudad de aquellos huéspedes molestos, pensóse en restablecer lo antes posible un poder municipal regular, lo cual ofrecía grandes dificultades. «Una vez tomada Roma, escribía en 12 de junio M. de Corcelles á M. de Tocqueville, será preciso poner en juego á los moderados... si es que se en-

habiendo costado mucho llevar la tranquilidad á los espíritus azorados y sobre todo reorganizar una administración regular.

A todas estas medidas de policía y de seguridad y á todos estos cuidados de índole militar agregábase para la autoridad francesa otra preocupación que afectaba á nuestro honor.

Ya se recordará que el 24 de junio, mientras nuestra artillería disparaba contra las murallas, algunos consu-



Lord Palmerston

cuenta alguno.» Estas dudas acerca de la energía del partido moderado eran harto fundadas; en efecto, M. de Rayneval, que había ido á Roma y hecho algunas insinuaciones á los antiguos liberales, sólo encontró en ellos temores y vacilaciones; ninguno se atrevía á entrar en la vida pública por miedo de atraerse implacables venganzas. «Hace tres meses que no salimos de nuestras casas, contestaban al representante de Francia.—¿Queréis venir conmigo?, replicaba M. de Rayneval.—¡Dios nos libre! Nos asesinarían.» Los menos tímidos añadían, sin embargo: «Haced que nos lleven entre gendarmes para que parezca que vamos por fuerza (2).» En aquella ciudad conquistada por nuestras armas, no eran los vencedores, sino los vencidos los que inspiraban temor,

(1) *Procès-verbaux des conférences de Gaète*, sesión de 24 de julio de 1849. *Mémoires et papiers inédits*.

(2) Despacho de M. de Rayneval al ministro de Negocios extranjeros, 5 de julio de 1849 (*Monitor*, pág. 2.609).

les residentes en Roma firmaron una protesta contra los supuestos desastres del bombardeo. El inspirador de aquella manifestación fué M. Freeborn, cónsul inglés, muy hostil al Padre Santo y no menos hostil á Francia, y muy grande debió ser aquella hostilidad cuando llegó á mortificar, según se dijo, al mismo lord Palmerston. La mayor parte de los firmantes, como más tarde lo confesaron, se habían quedado en sus casas y no habían comprobado *de visu* los estragos de que se quejaban. La acusación, según era de esperar, había producido sus efectos, habiéndola acogido algunos órganos importantes de la prensa europea, y convenía, por consiguiente, desmentirla.

Un secretario de la legación francesa en Nápoles, M. Baudin, fué comisionado para investigar sumariamente los daños causados, y pocos días después, á fin de hacer toda la luz necesaria sobre este asunto, encargóse á una comisión compuesta de artistas y arqueólo-

gos italianos y franceses que visitara uno por uno los monumentos y comprobase los perjuicios en ellos ocasionados. La memoria de aquella comisión, redactada después de las más pacientes investigaciones, desvaneció todos los rumores que como cosa cierta habían propalado nuestros enemigos.

En la orilla izquierda del Tíber los estragos se reducían á algunos daños de todo punto insignificantes en el palacio Farnesio, en San Juan de los Florentinos y en el palacio Madama. El Panteón, que, según los periódicos romanos, había sufrido extraordinariamente, no había experimentado el más leve perjuicio; y en el palacio Rospigliosi, la célebre *Aurora* del Guido no había sido tocada por los proyectiles, á pesar de asegurar lo contrario los sitiados. En el templo de la Fortuna viril se había causado, según se decía, una pérdida irreparable; pues bien, hecha la debida comprobación, todo el daño se reducía al sufrido por una columna construída en 1830. En el Capitolio sólo había sido destruída una estatua. En la orilla derecha, más expuesta al fuego de los sitiados, las huellas del sitio eran más visibles: las *villas* Savorelli, Spada, Barberini y la iglesia de San Pedro in Montorio habían experimentado deterioros bastante graves. Pero ni en la derecha ni en la izquierda habían tenido que deplorarse pérdidas importantes desde el punto de vista artístico: en San Pedro in Montorio, ni el pequeño templo de Bramante, ni el famoso fresco de Sebastián del Piombo habían sido dañados, y en el Vaticano el daño ocasionado á los tapices de Rafael, daño irreparable según se afirmaba, reducíase á un deterioro sin importancia alguna (1).

Si los sitiadores habían respetado con tan escrupuloso celo la Ciudad eterna, no podía decirse lo mismo de los sitiados. En la orilla derecha habían sido casi demolidas numerosas *villas*, y aunque en verdad los trabajos de defensa excusaban hasta cierto punto estas destrucciones, en cambio ¿qué diremos de aquellas villas como la Borghese ó la Patrizzi, situadas tan lejos del teatro de la guerra y sin embargo devastadas? ¿Qué diremos de las mutilaciones cometidas ya en los jardines del Vaticano, ya en la sacristía de la basílica de San Pedro? ¿Qué de las violaciones de sepulturas perpetradas en San Pancracio y en otras partes? Y sobre todo, ¿qué de los sagrarios, cálices, incensarios y objetos de arte de toda clase robados en Santa Cruz de Jerusalén, en San Juan de Letrán, en San Jaime in Augusta (2)? Una comisión que se nombró más adelante hizo restituir 2.815 objetos sustraídos de las iglesias ó de los conventos, en los museos ó de las colecciones particulares (3).

La generosidad que había demostrado el ejército francés durante el sitio, desplególa también después de la victoria: en aquella ciudad no protegida por ninguna capitulación las personas y las propiedades fueron en todas partes respetadas y jamás fueron más admirables por su espíritu de abnegación y por su disciplina nuestros soldados, que sufrieron sin una queja las incomodidades de un clima muy insalubre en verano y al que no

(1) *Rapport de la commission mixte instituée à Rome pour constater les dégâts occasionés par le siège. Passim.*

(2) *Rapport de la commission mixte instituée à Rome pour constater les dégâts occasionés par le siège. Passim.*

(3) M. de Corcelles, *Du gouvernement pontifical* (Correspondant, 1856, pág. 724).

estaban acostumbrados. Su respeto hacia la población civil fué llevado casi al exceso y se les vió vivaquear en los patios de los palacios cuando había en éstos inmensas habitaciones vacías. Y aun dieron muestras de un valor más meritorio, el de resistir á provocaciones malévolas; en efecto, muchos romanos, sobre todo de los que más miedo habían tenido durante el sitio, se complacían, una vez pasado el peligro, en ponderar la energía de su resistencia, creciendo tanto más su jactancia cuanto mayor era la longanimidad de los nuestros, á lo que se juntaban las burlas, los engaños en los mercados y las agresiones en las calles extraviadas. Semejante estado de cosas habría originado, si la ocupación hubiese sido austriaca, represiones violentas, y si hubiese sido española, luchas diarias á cuchilladas; en cambio el ejército francés se consagró á desarmar con su paciente moderación las hostilidades y lo consiguió poco á poco. Ya los habitantes del Transtevere se acercaban gustosos á nosotros; encargados de llenar á buen precio las trincheras y de destruir las barricadas todavía subsistentes, este trabajo había establecido algunas relaciones entre ellos y nuestras tropas, y como padecían extremada miseria, nuestros soldados, siempre compasivos, se partían con ellos su pan. Más adelante, el resto de la población romana aprendió también á apreciar á esos huéspedes tan generosos como valientes, no siendo este el menor triunfo de la expedición.

VIII

El restablecimiento de la paz pública, el desarme de las tropas extranjeras, los cuidados de la policía urbana, la reorganización de una administración municipal, las informaciones sobre los daños del sitio, tales eran los afanes de la autoridad francesa. Quedaba por resolver una cuestión más delicada, es decir, la cuestión de la restauración pontificia.

Presentíanse tan grandes dificultades que nadie se atrevía á afrontarlas. A la verdad, el 1.º de julio, el coronel Niel había sido enviado á Gaeta para llevar al Padre Santo una de las llaves de la ciudad y había sido afablemente recibido por el Pontífice. Este no había escatimado la expresión de su gratitud hacia los libertadores: «Francia nada me prometió y me lo da todo,» dijo al emisario francés. Pero, aparte de este paso, nada anunciaba el restablecimiento de la autoridad pontificia. Ni las cartas de felicitación del presidente de la República y del ministro de la Guerra al general Oudinot, ni el voto de gracias de la Asamblea á las tropas francesas hacían alusión positiva á la restauración de Pío IX. Si habían desaparecido las insignias de la República romana, el escudo del Papa no se había restablecido en ninguna parte. Hubiérase dicho que el equívoco que había presidido al principio de la expedición sobrevivía á la expedición misma.

Sólo después de diez días de ocupación se proclamó la reposición del Padre Santo. El 14 de julio, un manifiesto del general Oudinot á los romanos anunció oficialmente esta resolución, é hizo saber que al día siguiente se cantarían en la basílica de San Pedro un *Tedeum* en acción de gracias. Aunque la ciudad encerraba entonces muchos revoltosos, el verdadero pueblo romano volvió á encontrar aquel día algo de sus antiguos

sentimientos para con el pontífice á quien tanto amó. Por la mañana temprano se empavesaron las calles próximas á San Pedro. Las tropas francesas, que formaban el cordón ó estaban reunidas en la plaza hasta la columnata de Bernini, fueron obsequiadas con ramos de flores y vitoreadas. Las tropas romanas habían sido formadas en torno de la iglesia. Cuando el general Oudinot, acompañado de los señores de Corcelles y Rayneval y escoltado de su Estado mayor, fué á la basílica el pueblo le saludó con aclamaciones casi unánimes. Los descontentos se esquivaban, en la imposibilidad de turbar la alegría que parecía general. Retronó el cañón. En aquel momento la bandera pontificia fué enarbolada en lo alto del fuerte de San Angelo: era la señal visible y material de la restauración de Pío IX. Después del *Tedeum*, el cardenal Tosti dirigió una arenga al general. A los elogios algo enfáticos que le tributaban, Oudinot contestaba con una gratitud modesta. El general en jefe hizo recaer sobre toda Francia el honor de la empresa: rindió á la disciplina y á las virtudes militares de nuestras tropas un homenaje bien merecido: é insistió con mucha oportunidad sobre las numerosas peticiones que reclamaban la próxima vuelta del Padre Santo á su capital. A decir verdad, un solo personaje faltaba á la fiesta, y era el papa mismo. ¿Qué hubiera resultado si Pío IX, volviendo inopinadamente de Gaeta, hubiese aparecido de pronto y, según la antigua costumbre, hubiese dado su bendición á aquel pueblo privado de su pontífice desde hacía tanto tiempo? Las disposiciones favorables que desde las primeras horas de la mañana no dejaban de acentuarse, ¿no se hubieran convertido en verdadero entusiasmo? Bajo la impresión de aquella inesperada vuelta, todos los rencores, todos los odios, todos los malos recuerdos, ¿no se hubieran fundido en una inmensa aclamación? Hasta los indecisos y los malévolos ¿no hubieran sido arrastrados por la corriente general?, y Pío IX, recompensado de su heroica confianza, ¿no hubiese reconquistado, quizá para siempre, el corazón de sus súbditos? Pero el soberano Pontífice no tomó aquella audaz resolución. Al principio de su reinado, cuando le animaba el aliento de la popularidad, había mostrado ese espontáneo abandono que constituye una de las mejores cualidades de los príncipes. Pero la desgracia le había hecho desconfiar de sí mismo, y, cediendo á las influencias de sus consejeros, volvía á esas tradiciones de prudencia y de reserva propias de los italianos y más propias todavía de la curia romana.

Envióse á Roma una comisión de gobierno, compuesta de los cardenales Genga, Altieri y Vannicelli, doctos personajes, íntegros y deseosos de obrar bien. Antes de su salida de Gaeta, el Sr. de Rayneval insistió para que se guardasen de toda reacción intempestiva; el cardenal Genga, que era el hombre importante de aquel nuevo triunvirato, contestó que tenía la intención de echar un velo sobre el pasado. Los hechos no respondieron completamente á estas palabras.

Los cardenales llegaron el 31 de julio. Al día siguiente, un manifiesto dirigido á los romanos determinó un vivo rozamiento entre ellos y la autoridad francesa. Aquella proclama, al atribuir la restauración del papa «al brazo invicto y glorioso de los ejércitos católicos,» parecía poner á Francia, que había llevado á buen tér-

mino el sitio de Roma, al nivel de Nápoles, España y Austria. Tan gran parsimonia en la expresión de la gratitud sorprendió é irritó á nuestros soldados. Deseoso de evitar los conflictos que ya se anunciaban, Oudinot marchó á Gaeta. El papa le prodigó las demostraciones de aprecio, le conquistó con su buena acogida, no se atrevió á fijar la época de su vuelta á la capital, dió á entender, sin embargo, que iría pronto á Castel-Gandolfo, que de allí podría pasar revista á las tropas francesas, bendecirlas y darles las gracias. Oudinot salió de Gaeta satisfecho y tranquilo. Desgraciadamente, durante su ausencia, los cardenales se habían aplicado más á despertar las susceptibilidades que á apaciguarlas. La inquisición y la jurisdicción del cardenal-vicario habían sido restablecidas: la institución no tenía ya nada de espantoso, pero el nombre inquietaba. En otro orden de ideas, decretóse que los bonos emitidos por la República romana no se tomarían sino con una pérdida de 35 por 100; pérdida que correspondía á la depreciación real de aquellos bonos: semejante decisión estaba justificada por numerosos precedentes, así en Italia como en el extranjero; sin embargo, los comerciantes que habían esperado una solución más favorable á sus intereses experimentaron una viva decepción. Es más. Todos los empleados en ejercicio antes del 16 de noviembre habían sido repuestos. A dichas medidas, de dudosa oportunidad, añadióse otra de carácter más riguroso: el 14 de agosto instituyóse un *consejo de censura* para investigar la conducta de todos los funcionarios durante los últimos disturbios políticos y designar á los que merecieran castigo.

Aquellas resoluciones, más intempestivas y más torpes que violentas, fueron interpretadas con una malevolencia extrema por la prensa italiana y por la extranjera; y tuvieron una consecuencia más lastimosa todavía, que fué la de provocar un vivo descontento entre los romanos, en el seno de nuestro ejército, y sobre todo en los consejos del gobierno francés.

Los romanos tenían tanto cariño á Pío IX como antipatías por los individuos que le rodeaban, y resultaba que, en vez de devolverles á Pío IX, les enviaban sobrados cardenales para gobernarlos. Los menos benévolos se burlaban sin piedad de sus nuevos triunviros. Hasta los más moderados no ocultaban su disgusto y, después de haber sufrido los excesos de la anarquía, temían caer en el exceso contrario.

En el ejército francés reinaba esa disposición triste y amarga que suelen experimentar los bienhechores que se creen olvidados. Apoyándose en su sangre vertida por el papado, algunos jefes militares se atribuían sobre todas las cosas un derecho de consejo, y á veces lo ejercían con más temeridad que competencia. Estos apreciaban con una extrema libertad de lenguaje los actos de la comisión pontificia, desplegando una especie de afectación en tranquilizar á los que se veían amenazados por dicha comisión, y no cansándose de repetir que habían venido á Roma para restablecer el orden y no la arbitrariedad. Por su parte, los cardenales escatimaban tanto más las pruebas de gratitud cuanto más se las exigían; y la defensa de sus prerrogativas era en ellos proporcionada al temor de que sus concesiones fuesen atribuídas al miedo. Invocando las necesidades de una represión legítima, se quejaban de que